

LA TRAGEDIA DEL PUEBLO ANESTESIADO

No pocos analistas y sociólogos coinciden con un mismo diagnóstico: nuestro pueblo está anestesiado, es decir, no responde adecuadamente a las graves situaciones por las que pasa y que tanto sufrimiento acarrearán a unos y a otros.

Pero no hemos de entender que esta anestesia, que nos deja sin voz y sin reacciones, es algo propio de nuestro tiempo.

José Espronceda (1808 – 1842), escritor español de la época del Romanticismo, considerado el poeta más representativo del primer Romanticismo en España, se lamentaba con un agrio poema sobre el pueblo español: *“Oigo patria tu aflicción, /y no entiendo por qué callas, / viendo a traidores canallas /despedazar la nación...”*.

Bertolt Brecht (1898 – 1956), dramaturgo y poeta alemán, uno de los más influyentes del siglo XX, creador del teatro épico, también llamado teatro dialéctico, criticaba duramente el pasotismo de los ciudadanos alemanes con este texto clásico: *“Primero se llevaron a los judíos, pero como yo no era judío, no me importó. Después se llevaron a los comunistas, pero como yo no era comunista, tampoco me importó. Luego se llevaron a los obreros, pero como yo no era obrero, tampoco me importó. Más tarde se llevaron a los intelectuales, pero como yo no era intelectual, tampoco me importó. Después siguieron con los curas, pero como yo no era cura, tampoco me importó. Ahora vienen a por mí, pero ya es demasiado tarde”*.

El autor de *“Los intereses creados”*, **Jacinto Benavente** (1866 – 1954), dramaturgo madrileño, director, guionista y productor de cine español, que en 1922 fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura, con frase rompedora, lamentaba las consecuencias de un mal gobierno: *“Los pueblos débiles y flojos, sin voluntad y sin conciencia, son los que se complacen en ser mal gobernados”*.

Tratando de discernir la causa de esta parálisis, personal y social, el filósofo y teólogo alemán **Paul Tillich** (1886 – 1965), en su obra *“El eterno presente”*, se decidió a indicar que el problema se debe a una grave falta de memoria porque vivimos obsesionados por el presente, la superficialidad y el bien vivir: *«Algo en nosotros nos impide recordar, cuando el recuerdo resulta demasiado difícil y penoso.*

Olvidamos los favores obtenidos porque el fardel de la gratitud es demasiado pesado para nosotros.

Olvidamos nuestros viejos amores, porque el fardel de las obligaciones supera nuestras capacidades.

Olvidamos nuestros viejos odios, porque el trabajo necesario para alimentarlos turbaría nuestro espíritu.

Olvidamos nuestros viejos dolores, porque son todavía demasiado penosos.

Olvidamos la culpa porque no soportamos el dolor que provoca en nosotros. Pero tal olvido no es espontáneo; supone nuestra colaboración. Se reprime lo que no se consigue soportar.

Olvidamos enterrando dentro de nosotros lo que nos molesta. En la vida cotidiana, el olvido nos libera de forma natural de una cantidad innumerable de pequeñas cosas. El olvido mediante la represión no es liberador. Parece que nos aleja de lo que nos hace sufrir, pero no lo consigue del todo, porque el recuerdo permanece enterrado en nosotros y sigue influyendo en cada instante de nuestra vida”.

¿No hay solución? Ya dijo el profeta **Jeremías**: *“Dice Dios: me han abandonado a mí, la fuente de aguas vivas, para cavarse cisternas agrietadas, que no guardan el agua”*.